

ancora



SAN FELIU DE GUIXOLS - 21 AGOSTO 1958
NÚM. 545 AÑO XI

SOBRE LA "CAMPAÑA DEL SILENCIO"

Esta campaña hace tiempo que ha comenzado. En principio su objeto principal fué acabar con el ruido de los vehículos a motor dentro de las grandes ciudades. En ciertas horas del día el intenso tráfico en los lugares céntricos producía una tan estrepitosa barandada de sonidos que hacíase insoportable para las personas afectadas de nerviosismo. Por eso las autoridades sanitarias dieron el grito de alerta a fin de evitar aumentar los casos de neurosis que según ellos eran debidas en gran parte por los ruidos ciudadanos.

Unas despues de otras en todas las grandes ciudades se dictaron normas conducentes a reducir al mínimo posible los excesos ruidosos. En las poblaciones de menor importancia, como que el mal no era tan grave no se prestó tanta atención al asunto. Sin embargo al aumentar el tránsito en todas partes y al hacerse más intensa la mecanización en todas las industrias, esa campaña llamada del silencio ha ido extendiéndose y tiene trazos de hacerse general.

Pero no son únicamente, y principalmente las explosiones de los tubos de escape de los automóviles y motos, y el sonar de los claxons los que justifican lo toma de medidas represivas en este aspecto. Aunque estos ruidos sirvieron de causa inicial para emprender la campaña hay muchas otras estridencias sonaras que perturbaban el silencio de las calles y se meten por las aberturas de las casas a interrumpir el descanso de los pacíficos ciudadanos. Gritos de vendedores ambulantes, altavoces, chillar de muchachos y comadres, petardos, espontáneos coros de noctámbulos, etc., son otros tantos factores impertinentes que sumados a los de los vehículos

antedichos forman en conjunto ese fenómeno ruidoso característico de las ciudades modernas. Incluso los gallos hemos visto que han dado motivo al alcalde de Palma de Mallorca para publicar un edicto ordenando sean evacuados del centro de la ciudad, pues debían ser tantos los inquilinos de los gallineros de la capital balear que su entonado quiquiriqui resultaba molesto para los habitantes de la misma y amenazaba acabar con el prestigio que de isla de la calma se había ganado aquél paraje.

Seguramente que el Alcalde mallorquin tenía razón sobrada para tomar cartas en el asunto. Como también la tendría cualquier autoridad municipal de cualquier pueblo que prohibiera vociferar a los vendedores ambulantes como lo hacen algunos de por aquí. Una cosa es llamar la atención de los vecinos sobre la mercancía en venta y otra muy distinta gritar desafortadamente sin interrupción, como queriendo imponerla por la fuerza inrerese o no.

Otros muchos ruidos podrían evitarse como inclusos en los que han de combatirse en la campaña del silencio. No es preciso detallarlos porque están al alcance de toda persona que tenga el oído sano. Pero como muy bien dijo «Gaudeamus» en su excelente artículo publicado hace pocas semanas en estas páginas, es muy difícil salir triunfante en esa campaña si el público no está compenetrado de su justicia y no se decide a colaborar en ella.

Se está acostumbrado a una amplia tolerancia en este aspecto: y cuando se quieren restringir los abusos parecen sorprenderse los mismos que de ello han de salir beneficiados.

De todas formas es digno de elo-

Sintonia 

La frase feliz

Si se nos pidiera formular la frase feliz, la frase redonda que condensara la plenitud de los momentos turísticos actuales de nuestra ciudad, quizá diríamos así: «Este año, la desorbitada invasión de los coches de turismo ha sido superior a la de los turistas mismos».

Ante esta invasión, cada año más insaciable del espacio ciudadano, y ante el abigarrado e interminable desfile de autos en estas festividades estivales, es justo, es equitativo recordar aquel día en que tuvo lugar la inauguración del ensanchamiento y reformas de las calzadas de nuestros dos Paseos y Rambla y a su promotor, que por callado que sea su nombre no deja de ser conocido.

La clarividencia de aquel proyecto cara al futuro, quizá encontró sus rutencias. Pero la realidad se cuida de demostrar que aquel feliz proyecto sería, a no tardar, uno de los pasos encaminados a mantener a San Felíu en cabeza de los lugares que se disputan la primacia turística.

Porque, y permítasenos el decirlo siquiera por una vez, nuestra ciudad, con su ininterumpido tránsito rodado, con su abigarrado y perturbador gentío turístico, con el cosmopolitismo de sus predispuestos Paseos y Ramblas junto al multiforme comercio de sus establecimientos y hoteles, avalado todo con un programa denso de festejos, muestra ciudad, pues, muy bien puede llamársela sin reservas de ninguna clase, la capital de la Costa Brava.

gio el celo de las autoridades en pro de una mayor paz ciudadana. Si bien por exigencias del progreso industrial no podemos aspirar a una placidez absoluta en los centros laborales cuando menos suprimamos en lo posible los sonidos superfluos. Mayormente en las horas de descanso. Este es necesario a todos y a él tenemos derecho por encima de los caprichos o conveniencias de algunos desaprensivos que no quieren reconocerlo así.

Xavier.